

El nacionalismo en Latinoamérica

Por Arthur P. WHITAKER

Latinoamérica no es una excepción a la regla de que, después de la Revolución Francesa, el nacionalismo y el cambio social, y las relaciones entre ellos, han sido factores fundamentales en el desarrollo histórico del mundo occidental. No es una simple coincidencia el que casi toda Latinoamérica comenzara su existencia nacional cuando se cerraba el periodo de la Revolución Francesa y de Napoleón. Las opiniones difieren ampliamente en lo que toca al peso relativo de los diferentes factores —francés, inglés, norteamericano, español y criollo¹— en los inicios del desarrollo del pensamiento político y social latinoamericano en general, pero no hay duda alguna de que, en lo que respecta al área particular a que se refiere este ensayo, Francia ocupó el primer lugar. Durante sus primeros y formativos años, los nuevos estados latinoamericanos estuvieron bajo la influencia constante de los conceptos revolucionarios franceses de nacionalismo, simbolizado y popularizado en el término *la patrie, la patria, my country*, y de cambio social, representado en el contradictorio pero fascinante y siempre subversivo *slogan* de *Libertad, Igualdad y Fraternidad*.

Hoy en día, un siglo y medio más tarde, el nacionalismo y el cambio social no sólo todavía operan en Latinoamérica, sino que ahora son aún más importantes que antes. Esto se debe, en parte, al efecto combinado y frustrante de dos fenómenos actualmente universales de los cuales Latinoamérica es uno de los principales exponentes, a saber, la explosión de la población y la revolución de las nuevas aspiraciones (*rising expectations*). También se debe a otras influencias exteriores respecto de las cuales los latinoamericanos han sido siempre altamente susceptibles.

Estas circunstancias han vuelto más complejo, y le han conferido una nueva urgencia, al viejo y multifacético problema latinoamericano de las relaciones entre nacionalismo y cambio social. Una manera de plantear este problema es desde el punto de vista de los propios escritores latinoamericanos. Ningún latinoamericano lo ha visto con mayor claridad que el mexicano —nacido en España— Víctor Alba, quien combina una aguda percepción de los problemas actuales con un fuerte sentido de la historia.

En su reciente libro, *Las ideas sociales contemporáneas en México* (1960), Alba plantea dos tesis que son particularmente relevantes para el problema que nos ocupa. En primer lugar se queja (p. 433) del universal hábito latinoamericano de la politización, o sea, politizar ideas y problemas de toda clase, incluyendo aun aquellos que tienen un carácter obviamente social, tales como el *latifundismo* y la aterradora desigualdad de la distribución de la riqueza. El resultado de buscar soluciones en el lugar equivocado, observa Alba, ha sido la frustración, las protestas crecientes, la indignación y el desarrollo de situaciones altamente explosivas.

La segunda tesis de Alba se refiere a México en particular, pero, tal como lo mostraré más adelante, la esencia de su proposición es hoy en día aún más aplicable a otros países latinoamericanos que a México. Esta tesis es la de que los nacionalistas mexicanos están divididos en dos escuelas de pensamiento rivales, una de las cuales insiste en que los programas de desarrollo deben ser sanos, graduales y beneficiosos para todas las clases, en tanto que la otra escuela le otorga una prioridad absoluta a las inmediatas reformas sociales para el exclusivo beneficio de las masas mexicanas. La importancia de esta tesis es grande, ya que divisiones similares —y aún más amargas— existen también en los principales países latinoamericanos, especialmente en Argentina y en Brasil, para no mencionar alguno de los países más pequeños; el régimen de Castro en Cuba representa la victoria de la segunda escuela. Pero para nuestros propósitos es todavía más importante el hecho de que las divisiones en cuestión no son entre nacionalistas y anti- o no-nacionalistas, sino entre diferentes grupos o facciones de nacionalistas.

Este hecho tiene una significación todavía más amplia que es la de que dada cualquier época en cualquier país, siempre han habido diferentes escuelas o sectores de pensamiento nacionalista. Puesto que éstas cambian con el paso del tiempo, la diversidad de los tipos de nacionalismo aumenta según que se amplía la apertura del espacio-tiempo. Esta diversidad es un hecho elemental y, sin embargo, es necesario recalcarlo debido a que muy a menudo se le deja a un lado en las discusiones sobre naciona-

lismo, que tratan el fenómeno como algo monolítico y estático. Las autoridades sobre el nacionalismo se percatan de esto y, por consiguiente, lo definen en términos amplios y flexibles. Para Hans Kohn el nacionalismo es, en último término, una versión moderna del sentimiento de pertenecer a un "grupo interno" (*in-group*), y para Carlton Hayes es una religión.

Quizá la mejor clave para comprender el carácter particular que asume el nacionalismo en una situación dada es la función que realiza. Como Crane Brinton lo ha señalado, en los comienzos del siglo XIX europeo, el nacionalismo suministró la fuerza cohesiva que se necesitaba para llenar la laguna dejada por el derrocamiento del viejo régimen. Más o menos lo mismo realizó en los Estados Unidos y en Latinoamérica después de la destrucción de los vínculos de unidad y autoridad que antes eran suministradas por las madres patrias europeas. En otras palabras, el nacionalismo a veces ha sido introvertido más bien que extrovertido en el sentido de que su orientación ha sido doméstica más bien que exterior y su función ha sido la de promover o asegurar la unidad interna más bien que la de agrandar la nación en relación a sus vecinos. Esto describe su función tanto en los Estados Unidos como en Latinoamérica durante la mayor parte del siglo XIX.

Recordemos también que en tanto que el nacionalismo en todas sus formas es, en último término, político, sin embargo hay épocas en que su expresión primaria se refiere a otros temas —culturales o económicos o sociales. Así Ricardo Rojas, ese notable nacionalista argentino y hombre de letras, estaba fundamentalmente interesado en sus primeros trabajos, alrededor de 1910, en fomentar un nacionalismo cultural. Pero, desde un comienzo, esto tuvo implicaciones políticas y económicas y más tarde él aumentó el énfasis en un nacionalismo económico de la misma manera que lo hicieron muchos otros latinoamericanos.

Un último comentario a manera de definición: mantengamos las distinciones, necesarias, entre patriotismo y nacionalismo y entre nacionalismo y chauvinismo. Si me preguntasen cuál sería una breve distinción de los tres fenómenos, sugeriría que nacionalismo es patriotismo con un programa de acción y chauvinismo es nacionalismo agresivo. Depende de las circunstancias cuál sea en un caso dado el programa y el golpe; y siendo yo un historiador insistiría en que cada grupo de patriotas o nacionalistas o chauvinistas constituyen un caso especial y en que las circunstancias de cada caso varían según que el proceso histórico se despliega.

Breve bosquejo del nacionalismo en Latinoamérica

Es menester bosquejar aquí, aunque sea brevemente, los rasgos más característicos de la historia del nacionalismo en hispanoamérica, pues ello es esencial para comprender la relación del nacionalismo con el cambio social en esa zona.

Por lo pronto la historia del nacionalismo en Latinoamérica se caracteriza por la misma combinación de diversidad y unidad que se encuentra en todos los aspectos de la historia latinoamericana. Dicho sin ambages el nacionalismo fue la legítima aspiración de todos los países latinoamericanos en los comienzos del siglo XIX y en todos ellos florece hoy en día, pero durante este siglo y medio han habido grandes discrepancias en el grado y en la dirección de su crecimiento en lo que va de un país a otro.

Puesto que Argentina y Bolivia son países vecinos ilustran esta discrepancia de la manera más vívida. En Argentina el nacionalismo floreció desde un comienzo aun cuando hubo muchas discusiones y conflictos acerca del problema de qué clase de nacionalismo se trataba y quién se beneficiaría de él. En Bolivia, por otra parte, el movimiento nacionalista contemporáneo data solamente de 1920 a 1921; en todo caso, así lo afirma el historiador del pensamiento boliviano en el siglo XX, Guillermo Francovich. Sospecho que ulteriores investigaciones sobre el pensamiento boliviano en el siglo XIX mostrarían que este hiato de 100 años ha sido más aparente que real, pero aún así no parece haber razón alguna para dudar de que Bolivia se encontraba muy atrás de Argentina en lo que toca al desarrollo del pensamiento nacionalista.

Dije antes que el nacionalismo existió en todos los países latinoamericanos desde el comienzo de su independencia en los inicios del siglo XIX. El continentalismo de Simón Bolívar y



"una visión moderna del sentimiento de pertenecer a un grupo interno"

otros dirigentes de esa generación podría parecer que contradice esta afirmación, pero en realidad la confirma. El continentalismo de Bolívar no era una negación, sino una afirmación de nacionalismo. El problema que él planteó no era el de si las anteriores colonias españolas debían convertirse en Naciones-Estados, sino simplemente cuántos Estados debería haber.

Como todo el mundo sabe, en ciertas áreas llevó tiempo elaborar una respuesta a esta cuestión, especialmente en la Cuenca del Plata, en el norte de Sudamérica y en América Central. En cada una de estas regiones pasaron diez o más años antes de que la unidad planeada cediera lugar a lo que podríamos llamar Estados de sucesión, con la consecuente tardanza en la definición del espíritu nacional. Ecuador, por ejemplo, formó parte de la Gran Colombia hasta la desintegración de ésta en 1830 y no desarrolló un específico nacionalismo ecuatoriano hasta alrededor de 1845. En ese entonces, por primera vez, los ecuatorianos trataron como extranjeros a las gentes de Colombia y Venezuela que antes habían sido sus conciudadanos en la Gran Colombia. Es digno de advertirse que este nuevo nacionalismo ecuatoriano de mediados de 1840 era antimilitar y liberal. También era romántico: el inca Atahualpa, la víctima de Pizarro, fue saludado como "El Padre de la nacionalidad ecuatoriana" — una noción ésta que tiene paralelos en el primer pensamiento nacionalista de México, Perú y otros países hispanoamericanos incluyendo Argentina.

Cuando los nuevos estados de Latinoamérica ganaron su independencia, el nacionalismo moderno ya había asumido su forma moderna clásica como el resultado de las aportaciones primero de Inglaterra, luego de los Estados Unidos y, final y principalmente, de la Francia revolucionaria. Fue de estos tres países de donde los latinoamericanos extrajeron en esa época la mayoría de sus ideas políticas.

La naturaleza de esta fuente ayuda a explicar los dos rasgos más constantes del nacionalismo latinoamericano en el siglo XIX. Uno de ellos fue su carácter relativamente liberal y benigno; el otro fue su carácter introvertido, orientado domésticamente.

Este último rasgo fue también una consecuencia del hecho de que el mapa político de la hispanoamérica independiente reflejaba particularismos que se habían desarrollado detrás de la falsa fachada de unidad del periodo imperial hispánico. Una vez que, mediante la independencia, se desencadenaron los particularismos, se necesitaba una vigorosa fuerza contraria para mantenerlos bajo control, como lo atestigua la desintegración de la Gran Colombia, a la cual ya se aludió, y desarrollos similares en Centro América y en la Región del Río de la Plata durante la primera generación de la independencia. Semejante fuerza contraria fue suministrada principalmente por el nacionalismo, el cual así realizó en Latinoamérica la misma función integrativa que ya había comenzado a realizar en los Estados Unidos al principio de su independencia y en Europa después de la Revolución Francesa.

Hasta el final del siglo XIX la acción del nacionalismo en Latinoamérica estuvo oscurecida por un número de factores; por lo que Henríquez-Ureña llamó la alternante anarquía y despotismo de la primera generación de la independencia; por una extendida pero superficial aceptación de la doctrina económicamente antinacionalista del *laissez-faire*; y por la prevalencia del *caudillismo*. Sin embargo, durante estos años el nacionalismo estaba solamente en eclipse. El deseo estaba allí aun cuando no pudiesen encontrarse las maneras de expresarlo. En una forma pervertida se expresaba en los caudillos mismos, pues ellos representaban una aproximación, tan cercana como era posible en aquellos tiempos tumultuosos, a la idea de un estado paternalista. Y algunos de estos caudillos recurrieron explícitamente al nacionalismo y ganaron una grande y entusiasta adhesión al hacerlo así — Rosas, en Argentina, es un estupendo ejemplo de este tipo.

A partir del comienzo de este siglo el caudal original de nacionalismo latinoamericano ha crecido grandemente. Internamente recibió un gran estímulo de las celebraciones de los centenarios de la independencia en y después de 1910. Entre los factores externos de su crecimiento se cuentan las amenazas reales o

imaginadas, primero del nuevo imperialismo europeo y luego del imperialismo yankee; la Primera y la Segunda Guerra Mundial y la gran depresión económica de los años de 1930 a 1931; y varias influencias doctrinales provenientes del exterior, especialmente la fascista y la comunista, las cuales combinan, ambas, un llamado universal con uno nacional.

Entre los diferentes aspectos de nacionalismo, el económico ha sido el que cada vez más ha recibido una mayor publicidad en Latinoamérica durante este periodo, especialmente desde que la planificación nacional para el desarrollo y la recuperación económica adquirió gran popularidad durante la década de la depresión de los años de 1930. Sin embargo, también los otros aspectos de nacionalismo se han desarrollado mucho. El nacionalismo político está eminentemente representado por la sin par devoción latinoamericana al principio de la no-intervención en su forma más extrema — más extrema en el doble sentido de que es absoluta y de que los latinoamericanos la interpretan como aplicándose prácticamente a toda clase de actividad de una nación extranjera que ellos encuentran reprensible.

También el nacionalismo cultural es muy fuerte entre ellos; y el término "cultural" está usado aquí en su sentido amplio, antropológico, como equivalente a la frase vaga, pero útil, *way of life*. Claro está que la fuerza de este sentimiento tradicionalista coloca a los latinoamericanos en un dilema, pues entra en conflicto con la exigencia nacionalista, igualmente fuerte, de un desarrollo económico y social mediante la modernización, lo cual requiere ayuda y cooperación extranjera. Parece que quieren nadar vestidos.

Es menester advertir un último aspecto del nacionalismo en la Latinoamérica actual. Éste es el reciente y extendido renacimiento de un nacionalismo continental a la *Bolívar*. "Nacionalismo continental" parece ser una contradicción en los términos, pero la contradicción es más aparente que real, ya que, como en la época de Bolívar, defender esta idea no implica el rechazo del principio nacionalista, sino que, por el contrario, implica su aplicación a un área geográfica más amplia; se trata simplemente de un nacionalismo extendido. Que sea o no posible de llevar a la práctica, es otra cuestión.

El punto sobre el que hay que insistir aquí, sin embargo, es el de que ya sea en su sentido convencional o en el sentido extenso, continental, el nacionalismo es un supuesto básico del pensamiento actual latinoamericano sobre los asuntos públicos, y de que es un supuesto que ha constituido, desde los comienzos de su independencia, un elemento esencial en las actitudes emotivas e intelectuales latinoamericanas. Entre ellos, así como entre cualquier otro pueblo de la civilización occidental (para no ir más lejos), el nacionalismo tiene que competir, en una especie de rivalidad entre hermanos, con otros conceptos e intereses que, o bien son mucho más amplios o bien mucho más estrechos, tales como el universalismo del cristianismo o del comunismo y los particularismos de la familia, sindicatos y asociaciones profesionales. Pero lo mismo es cierto, quizá en un grado aún mayor, de Europa Occidental y de los Estados Unidos; en verdad, éste es uno de los principales estigmas que tenemos en la cabeza cuando hablamos de las sociedades de Europa Occidental y de los Estados Unidos como característicamente plurales, y con toda seguridad su pluralismo no ha impedido la existencia entre ellos de un nacionalismo vigoroso y poderoso. Después de todo ¿no nació en Europa Occidental el nacionalismo moderno?

Me parece que una manera más provechosa de plantear las cosas es la propuesta por Karl Deutsch, quien relaciona el alcance y la efectividad de la "nacionalidad" (como él la llama) con la habilidad de los diferentes sectores de una sociedad dada en comunicarse los unos con los otros. Las comunicaciones (en este sentido) se están en estos días ampliando rápidamente en Latinoamérica y esta ampliación está obviamente emparentada con el tema del cambio social, sobre el cual trataremos ahora.

El nacionalismo como un factor en el cambio social

El papel que el nacionalismo juega en el cambio social, y viceversa, cambia de una situación a otra, y en cualquier situación dada depende de muchas variables. Entre éstas se encuentran la clase de nacionalismo en cuestión, sus propósitos, y el carácter y la influencia de aquellos que lo defienden.

Si simplificamos el problema (y evidentemente lo hacemos excesivamente) planteándolo sobre la base de agrupaciones sociales familiares de derecha (clase superior), de centro (clase media) y de izquierda (clase trabajadora), llegamos a generalizaciones como las siguientes: los de derecha utilizan el nacionalismo como freno del cambio social y como un medio para mantener el *status quo* para beneficio de las clases privilegiadas. Esto es lo que hicieron en Argentina y en México a fines del siglo XIX. Los sectores medios, por otra parte, están selectivamente dispuestos al cambio social, que puede beneficiarlos; pero

estando relativamente bien colocados y siendo por lo tanto relativamente pacientes, prefieren por lo general mejoras de largo alcance, graduales; por ejemplo, en el México y en la Argentina actuales, ellos le dan una prioridad al desarrollo económico frente a reformas sociales rápidas y bruscas. Los de izquierda, por contraste, le dan la primacía a las reformas sociales por sí mismas; quieren la buena vida — cuando menos una vida mejor, un *standard* superior de vida, mayor *dignidad*— y lo quieren ahora.

Esta presión de la izquierda es la esencia de la "revolución de las nuevas aspiraciones" al sur de los Estados Unidos. Todas las personas en Latinoamérica tienen aspiraciones nuevas, pero las otras clases pueden conformarse, con una cierta ecuanimidad, con un aumento más gradual, y es la presión de las impacientes lo que la convierte en revolucionaria. Desde 1952 Bolivia es un ejemplo: inclusive el régimen de izquierda de Paz Estensoro sostuvo una revolución agraria sólo cuando fue forzado a hacerlo por una revuelta campesina. La Cuba de Castro parece ser otro ejemplo, aunque con una fórmula diferente: llevado al poder por la clase media, Castro promovió una revolución agraria para beneficio de las clases bajas para poder así mantenerse en el poder. Ésta fue una revolución desde arriba, pero si podemos juzgar por el entusiasmo de los campesinos cubanos hacia ella, respondía a una demanda latente en ellos.

Repito que este esquema es una simplificación. Las líneas de clases están, de hecho, en cualquier época, trazadas con mucha menor claridad de lo que parece; cambian de una época a otra y no hay dos países en que la situación sea exactamente la misma. Por lo que respecta a la clase media latinoamericana, ésta le suministra dirigentes tanto a la derecha como a la izquierda y la gran mayoría de sus miembros, que permanecen siendo clase media, carecen de cohesión, disciplina y aun conciencia de clase. Por lo que respecta a las oligarquías latinoamericanas, que constituyen el núcleo de la derecha, están muy lejos de ser monolíticas. En Argentina aquellos entre los oligarcas que son tradicionalistas, eran hostiles a la administración actual de Frondizi, debido a que estaba cambiando a la Argentina en formas que ellos detestaban, en tanto que los industriales y aun los *estancieros* apoyaban a Frondizi (a pesar de que algunos de ellos lo hacían con reticencia) porque pensaban que sus sanas medidas económicas a la larga serían buenas para los negocios — sus negocios. Y en 1961 Brasil presentaba un curioso espectáculo: en una crisis política nacional cargada con connotaciones de revuelta social, la izquierda brasileña tenía como dirigente al acaudalado "Jango" Goulart, quien acababa de regresar de una peregrinación a China Roja y de un *abrazo* con Mao Tse Tung; y este millonario con tendencias rojas estaba apoyado, a riesgo de una guerra civil, por una gran parte de las fuerzas armadas de Brasil, sostén tradicional del privilegio atrincherado en ese país.

Sin embargo, hay un rasgo que atraviesa todos estos cambios y combinaciones: casi sin excepción todos los grupos, en cualquier nivel social, buscan justificarse y apoyarse envolviéndose en la bandera nacional. Los ejemplos abundan en toda la historia de Latinoamérica, comenzando con Argentina en la época del tirano Rosas: tanto Rosas como sus enemigos pretendían estar peleando en defensa de la verdadera Argentina; sucedía simplemente que ambos representaban concepciones diferentes e irreconciliables de lo que constituía la verdadera Argentina. El tipo de nacionalismo que triunfó entonces fue uno que, de acuerdo con recientes "revisionistas" argentinos, benefició a las clases privilegiadas, principalmente las de Buenos Aires.

Nacionalismo de izquierda

Uno de estos revisionistas, Ezequiel Martínez Estrada, describe el entero "canon patristico" del nacionalismo argentino del siglo XIX, como la obra de hombres que eran miembros de la burguesía, burócratas y *porteños* (residentes del puerto de Buenos Aires). Su nacionalismo era liberal, cosmopolita y casi enteramente político, lo cual se avenía con un país gobernado bajo formas democráticas por una aristocracia *estanciero-mercantil*. Ellos mantuvieron vigorosamente su independencia política, pero según los nacionalistas del siglo XX, la abrieron a una conquista cultural francesa y a una conquista económica inglesa y de otros capitales extranjeros.

Con el cambio de los tiempos y el crecimiento del fermento social, una nueva variedad de nacionalismo se volvió la dominante en Argentina, alcanzando su completo florecimiento bajo Perón. Nueva en su extrema xenofobia y autoritarismo, también era nueva en su profesada meta social: la rápida redención de las masas argentinas de la servidumbre de la "alianza perversa" de su propia oligarquía *vendepatria* con los imperialistas económicos extranjeros.

En suma, el nacionalismo en Argentina ya no se identifica primariamente con la clase media, tal como ocurría en la mayor parte del mundo occidental hasta hace una generación, sino más bien con la clase trabajadora. El mismo tipo de cambio ha ocurrido en otros países latinoamericanos, especialmente en el más grande de todos, Brasil, en donde un pronunciado cambio hacia la izquierda era aparente aún en el breve intervalo entre 1940 y 1960, o entre el apogeo de Getulio Vargas y el surgimiento de su heredero político João Goulart. En México aparentemente no ha habido un cambio semejante desde la administración de Cárdenas en los años treinta, pero por otra parte podría haberse ocultado detrás de la fachada de un gobierno de un solo partido. En todo caso el México actual es, en este respecto, una excepción a la regla general latinoamericana. Es claro que la popularidad del nacionalismo nunca fue mayor que ahora entre latinoamericanos de toda clase y condición, pero hoy en día su expresión más dinámica y agresiva viene, no de la clase media, sino de los trabajadores y sus portavoces. Para estos últimos, como John Johnson observa justamente, "el nacionalismo integrado modernamente representa la demanda colectiva de un pueblo frustrado de una acción directa por parte del Estado". Y gracias a la explosión de la población, Latinoamérica está repleta de gente frustrada.

Esto nos lleva otra vez a la tesis de que el nacionalismo no tiene una significación fija sino dentro de un contexto dado y de que no es el monopolio de la clase media o de ninguna clase o grupo particular. Que no tenga un significado fijo o un hábitat social no disminuye, sin embargo, sino que más bien aumenta, su significación para el historiador, debido a la evidencia que suministra acerca de la universalidad del atractivo del nacionalismo en el clima de opinión de la edad moderna. En reconocimiento a este hecho los comunistas están hoy en día explotando hábilmente el sentimiento nacionalista latinoamericano en todos los niveles sociales, a pesar del hecho de que es irreconciliable con su propio tipo de universalismo. En mi opinión los comunistas han apostado al caballo ganador. No podemos esperar combatirlos a menos de que mostremos una flexibilidad semejante.

Es menester añadir tres puntos a lo que ya he dicho acerca del cambio social como un factor en el desarrollo del nacionalismo. El primero es que, al contrario de lo que comúnmente se cree, no se puede contar con que la clase media en Latinoamérica va a producir el tipo de nacionalismo seguro y sano que nosotros preferimos, pues en ciertas épocas ha producido algunos de los más fogosos nacionalistas de Latinoamérica, tanto de la extrema izquierda como de la extrema derecha. Esto sucede con tal frecuencia que estoy tentado a proclamar como ley de Whitaker la de que la única cosa segura acerca de los miembros más activos de la clase media latinoamericana es la de que ellos no permanecerán en el medio.

En segundo lugar necesitamos mucha mayor ayuda, la que nos podrían suministrar los sociólogos y los psicólogos sociales, para analizar la conducta de los grupos anteriormente sumergidos cuando éstos se vuelven maduros, participantes activos en la vida pública de sus respectivos países. Aquellos que están surgiendo en esta forma —nuestra Alianza para el Progreso está planeada para acelerar su surgimiento— es casi seguro que se volverán nacionalistas de una clase u otra. ¿De qué clase podemos esperar que se vuelvan? La reciente historia de Argentina nos ofrece un caso experimental y una advertencia. Las masas argentinas, que deben su elevación política a Juan Perón, se están todavía comportando como los ultra-nacionalistas *descamisados* de la década pasada. La mayoría de aquellos que ya no son peronistas o neo-peronistas parecen estar transfiriendo su apoyo al fidelismo o al comunismo; en suma, ellos parecen preferir casi cualquier tipo de nacionalismo al democrático, razonable y benigno que a nosotros nos gustaría que ellos eligieran.

¿Qué lección podemos extraer de este caso en lo que respecta al nacionalismo latinoamericano? Una lección es que aumentar el poderío del proletariado no es ni puede ser una panacea, como tampoco lo puede ser el querer dar nuevas fuerzas políticas a la clase media. Otra es la de que estamos almacenando y creándonos problemas de largo alcance cuando usamos nuestra ayuda exterior para comprar el beneficio, de corto alcance, de la cooperación de un régimen fundamentalmente ajeno, tal como una dictadura.

Mi tercero y último punto respecto al cambio social como un factor en el desarrollo del nacionalismo se relaciona a las fuerzas armadas de Latinoamérica. No pretendo entrar en el problema general del papel importante que han jugado en los asuntos públicos, sino únicamente plantear una cuestión acerca de la base social de la creencia, ampliamente sostenida en los Estados Unidos, de que las fuerzas armadas de Latinoamérica son "buenas" nacionalistas y uno de los principales baluartes

del anticomunismo, de que son fuerzas pro-democráticas en sus respectivos países.

Tal como veo el asunto hay dos bases sociales principales para esta idea. La primera es la creencia de que la mayoría de los oficiales latinoamericanos vienen de la clase media y retienen la marca de su origen social y de que la clase media es sanamente anticomunista y pro-democrática. La segunda es la creencia de que la profesionalización ha convertido a los militares en un baluarte aún más fuerte para este fin que la clase media, en parte porque los aísla de la contaminación y en parte porque aumenta su eficacia para una acción decisiva en una crisis nacional mediante un mayor *esprit de corps*, así como también mediante un mejor entrenamiento y mejores armas.

Este razonamiento es demasiado general como para hacerle justicia a la diversidad de Latinoamérica. También tengo dudas acerca de su validez en aquellos países en que, superficialmente, parecería ser más aplicable. ¿Cómo podemos tener fe en su validez después de lo que ha sucedido en Cuba, que era un país semejante hasta hace tres años? Pero vamos a considerar el razonamiento sobre bases más amplias. No encuentra ningún apoyo en el origen de clase media de los oficiales latinoamericanos. Muchos de ellos vienen de otras clases; la clase media tiene debilidades que he señalado antes; y, como lo dije en un libro sobre Argentina hace muchos años, los oficiales que surgen de la clase media son muy a menudo lo que podríamos llamar refugiados de esa clase — en lugar de reflejar los modos y los puntos de vista de la clase media, reaccionan en contra de ella y la reacción a menudo los lleva o lejos hacia la derecha, o lejos hacia la izquierda.

Más aún, no estoy convencido de que la profesionalización haya aislado a las fuerzas armadas latinoamericanas. Por el contrario, en aquellos países en que han sido más altamente profesionalizadas, ellas están aún más estrechamente unidas con el resto de la sociedad que antes. Tampoco me parece ver que el *esprit de corps* le haya dado unidad a las fuerzas armadas. En esto han fallado tanto en Argentina como en Brasil. Y en la crisis nacional de 1961, discutida antes, las fuerzas armadas de Brasil se dividieron, a pesar de que estaban en juego cuestiones sociales.

Para resumir: en Latinoamérica, como en el resto del mundo occidental, el nacionalismo ha sido una fuerza fundamental en la vida pública desde los comienzos del siglo XIX; cuando menos en Latinoamérica, se encuentra ahora en su apogeo. Sus significaciones y propósitos han variado ampliamente, en Latinoamérica como en otras partes, en el último siglo y medio. Con la misma plausibilidad y éxito ha sido explotado en contextos ampliamente distintos y para fines ampliamente diferentes por fuerzas de la derecha, centro e izquierda. La unanimidad con la cual los líderes de todas las clases lo invocan, atestigua la fuerza y la universalidad de su llamado: si el patriotismo es o no es, como lo afirmó en el siglo XVIII el Dr. Samuel Johnson, el último refugio de un bribón, el nacionalismo es, ciertamente, el primer apoyo de todo político. Pero excepción hecha de su exaltación de la Nación-Estado, el nacionalismo carece de una significación específica, tanto en lo que toca a la política como a la acción, que se mantenga al través de todas las situaciones. El nacionalismo se asemeja a la ciencia en el hecho de que nos suministra instrumentos, pero no nos dice cómo usarlos. En algunas formas se asemeja también a la religión, como Carlton Hayes lo ha mostrado con gran detalle; quizá nos recuerda mucho del Olimpo con su extraño conjunto de dioses.

Por éstas y otras razones los estudios cuantitativos sobre el nacionalismo que llevan a cabo las ciencias sociales, en tanto que merecen todo el apoyo por la luz que arrojan cuando se dispone de datos, tienen un valor muy limitado en lo que respecta a Latinoamérica, carente de estadísticas, del siglo XIX, y su valor es limitado inclusive para la situación actual. Hoy en día los movimientos nacionalistas en Latinoamérica se proponen hacer frente a la revolución de las nuevas aspiraciones en una forma u otra, pero en cualquier forma que se adopte se encuentran frustrados por la explosión de la población. La frustración favorece el empleo de atajos utópicos, entre los cuales el más utópico es quizá el esfuerzo de Fidel Castro por promover los intereses nacionales de Cuba mediante la unión con el bloque comunista. Y las utopías no son analizables por los métodos cuantitativos.

Todo considerado, yo diría que el historiador, utilizando sus métodos convencionalmente intuitivos y empíricos, puede contribuir en algo todavía a la discusión del nacionalismo en Latinoamérica, tanto en sus aspectos más amplios, como haciendo referencia especial al cambio social.